

**“Al final, todos estamos a la deriva en la vida”
DE TRAICIONES, INSEGURIDAD Y COMUNICACIÓN**

*Karina Elizabeth Vitaller y Valeria Vivas Arce
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)*

La ciudad soñada, la traición a la utopía

En noviembre la ciudad de La Plata cumple ciento treinta años, y el 2013 seguramente traerá un aniversario diferente. Esa ciudad deseada e imaginada, estratégicamente diseñada y planificada, perfectamente pensada, románticamente llamada “ciudad soñada” (como reza su eslogan) hoy se ha constituido en una ciudad marcada no solo por el rastro del agua, sino por el estigma de la vulnerabilidad.

Porque la ciudad de La Plata no es solamente la capital de la provincia más importante y productiva del país. No solo es su cultura y sus diagonales, su Academia y su centro administrativo. La ciudad de La Plata, cuna de muchas personalidades ilustres del país, era la promesa. La promesa de un proyecto civilizatorio ilustrado que no iba a estar anclado en la industrialización, sino en la ciencia y en el progreso.

Así, la ciudad fue demarcada perfecta, con diagonales que la atraviesan de extremo a extremo, sus plazas, sus reservas ecológicas, sus límites. Un mapa cuadrado, simétrico que deja muy claro quiénes van a estar incluidos y quiénes no. Que define el estatuto civilizatorio también a partir de la pertenencia.

Sin embargo, para la década de los sesenta y setenta, atravesada por la crisis de la modernidad, la ciudad de la utopía se fue llenando de enemigos íntimos peligrosos. La juventud ilustrada y sus reductos académicos se vuelven una amenaza. Su planificación perfecta ofrece un mapa de fácil intervención. Así, comienzan a borrarse los límites simbólicos y a estallar el proyecto soñado. Hace más de diez años, Huergo (2000) se preguntaba: ¿cómo hablar o recorrer La Plata sin la memoria de los desaparecidos?, pensando en estas ciudades que habitamos, pero que también nos habitan y nos marcan.

Y hoy, desde la ciudad deseada que no fue, nos volvemos a preguntar, ¿cómo hablar de la ciudad después de la inundación sin nombrar sus muertos y desaparecidos?, ¿cómo hablar de la comunidad sin la memoria de los que perdieron su vida por causas políticas, sociales, humanas?

La inundación dejó dolor, pérdidas humanas, pérdidas materiales, pérdidas medibles, cuantificables, pero también simbólicas, de esas que se miden con la memoria y el corazón. Voces bajitas que parecían querer aminorar el dolor tan solo bajando el volumen de la enunciación, espaldas cansadas, movimientos lentos, miradas perdidas, rostros sin gestos. Desánimo que humedece hasta los huesos. La estética de la ciudad se vio inundada de basura, de mugre, de olores, de pedazos de historia. Las calles grises y húmedas que le siguieron al dos de abril desdibujaban su trazado entre coches incrustados contra los postes de iluminación, ropas colgadas en las ventanas, colchones apilados en la veredas, trozos de madera que supieron ser muebles, bolsas y más bolsas con pedazos de vida...

Me pasó algo que yo creo que fue gráfico: había una bolsa que se mojó toda. Una bolsa 'linda', donde yo guardaba los disfraces del nene, y gorros de esos de cotillón. Yo los guardaba para disfrazarse y para jugar cuando venían otros nenes. La saqué empapada. Cuando salgo, veo todos los disfraces desperdigados en la calle y la bolsa se la estaba llevando una chica que iba con nenes... Yo salí y le grité. Yo sentía que la bolsa guardaba todas esas historias, y esa chica me sacó todo. Se llevaba la bolsa sin permiso, hizo lo que quiso. —¿y qué le gritaste? — 'me dejaste todo tirado, ¡sacaste la bolsa!' y la chica me contestó: —'voy a guardar la ropa de mi bebé acá', me gritó desde la esquina... yo ahí dije: 'bue'... la salude y se fue... (1).

La ciudad soñada hoy se ha vuelto una pesadilla, un mal sueño. Y esos ideales que refuerzan el mito de la pulcritud (Kusch, 1975) y que parecían ausentes, resisten y persisten, agazapados en discursos que intentan legitimar lo ilegítimo. Traicionados, hoy sienten la amenaza de lo que nuestras sociedades han valorado como necesario de ser conservado: la vida, la coexistencia pacífica, el orden, la demarcación de los territorios. Estos registros civilizatorios subyacen latentes y emergen a través de discursos que proclaman y refuerzan el estatuto civilizatorio.

Los unos y los otros, civilización y barbarie

Este barrio es un barrio de clase media baja, digamos. Yo parezco Máxima (por la reina Máxima). Yo soy la Máxima del barrio (en tono irónico y entre risas) o también tenemos la casa de dos plantas, la de enfrente. La aristocracia del barrio, diría Serrat (señala la entrevistada). Todo el tiempo estábamos las anfitrionas de las casas (aclara), TODAS afuera, mirando y observando, porque hay algunas familias de esas que están más cerca de lo de... (la empleada doméstica) que tienen muchos niños... y cada vez que venía alguien a ofrecer algún tipo de ayuda siempre eran los mismos niños los que venían a recibirla y todo iba para la misma familia cuando había otras que no recibían nada.

Podemos señalar que dos tipos diferentes de víctimas de las últimas inundaciones acontecidas en nuestra ciudad el pasado dos de abril aparecen en estos testimonios. Por un lado, las víctimas del casco urbano de la ciudad, los cuales no capitalizan una memoria, ni prácticas performativas que se refieran a estos hechos, al igual que los vecinos que veían entrar el agua en sus casas por primera vez. Por otro lado, estaban las víctimas que ya han atravesado en otras oportunidades estas tragedias y cuentan con un capital experiencial para afrontarlas. Más allá de las angustias, del dolor, de la incertidumbre, de alguna manera han naturalizado la precariedad de su cotidianidad y de sus condiciones de existencia. *Sus saberes, sus prácticas, sus tradiciones y sus memorias respecto de la inundación forman parte de su propia cultura* (Bravi, 2012).

Así, la des-normalización de las prácticas cotidianas y de las relaciones sociales irrumpe en la rutina barrial y produce desacomodamientos. La necesidad de generar nuevas estrategias interpela la puesta en juego de los capitales que se poseen. El racionalismo ilustrado emerge intentando prevalecer en su dominio sobre la naturaleza, y es allí donde se advierte la precariedad de la promesa del progreso. Es donde el mito de la pulcritud deviene amenazado

por el resurgir de la barbarie y de la no dominación del estado natural, lo que genera inseguridad y miedo.

Volviendo a la cita de la entrevistada, en ese “TODAS” se pone de manifiesto un polo de identificación que aglutina un grupo de mujeres con algunas de las siguientes características: profesional o comerciante, de mediana edad, de clase media, con formación terciaria o universitaria, vinculadas al poder municipal, provincial o nacional, devenido de su relación laboral en funciones públicas, con hijos escolarizados en escuelas Normales o de la Universidad. Ese “TODAS”, que más que incluir expulsa al resto de las mujeres del barrio, nos permite ver de qué manera se omiten las otras realidades, la otra categoría de mujeres, que no son los rostros visibles del barrio. Por un lado, están las anfitrionas, es decir Ellas, las de la aristocracia barrial, que poseen un capital cultural y material diferente al resto y que pueden asumir la conducción del barrio, como finalmente sucedió más tarde, al ver que estos niños acaparaban toda la ayuda. Y, por otro lado, las del fondo, las que los días de lluvia custodian las aguas del arroyo desde las ventanas de sus habitaciones lindantes a las aguas.

Más allá del relato de “las anfitrionas”, los saberes capitalizados por las mujeres del fondo, víctimas permanentes de los desbordes del arroyo, fueron de gran utilidad. Su rapidez y su racionalidad instrumental sirvieron para alertar al resto, y la capacidad operativa de las anfitrionas permitió un poco más de orden en la organización y la repartición de las donaciones recibidas.

*Fue una comunidad mi barrio... fue. —¿Por qué decís “fue”? —Porque... fue...
(Entre risas) después volvimos a la realidad.*

Y esa “realidad” a la que se vuelve implica el retorno al deber ser, a la pauta social que organiza y reordena los modos de vivir y ser en comunidad, que legitima el lugar que ocupan unos y otros en el entramado social, que nos recuerda quiénes éramos cuando no éramos nosotros mismos. *El mito de la pulcritud, es tan fuerte, que se ha constituido en el prisma a través del cual se percibe la realidad de lo diario y propio* (Muiño, 2010).

De discursos sociales, hegemonías y violencias

A través de los diferentes discursos sociales y del ejercicio de la violencia simbólica, se ejerce y se refuerza el estatuto civilizatorio. Los grandes medios de comunicación concentrados detentan el poder de construir los hechos, las cosas y las personas. Volviéndose, además, reclamadores de los discursos civilizatorios contra la barbarie, reproduciendo el ideal del modelo liberal conservador y de los valores sociales tradicionales, generando e instalando escenarios de violencia e interpelando el pánico moral.

Así, en plena emergencia, los medios de comunicación constituidos en monopolio de la palabra legitimante, generaban un clima de inseguridad y desasosiego, sumando caos al ya existente, espectacularizando el “desastre natural”, y reproduciendo mitos infundados que pusieron a la sociedad en una total incertidumbre. Este manejo de la información no es solamente eso, es el manejo de los modos de pensar, planificar y accionar de los ciudadanos que entran en diálogo

con estos discursos. De esto se trata el ejercicio de violencia simbólica, ese poder de construir realidades, moldear subjetividades y producir (o no) ciertas acciones. A propósito, diría, Alicia Gutiérrez (Gutiérrez, 2004) que *la acción de la violencia simbólica es tanto más fuerte cuanto mayor es el desconocimiento de su arbitrariedad, y uno puede destruir ese poder de imposición simbólica a partir de una toma de conciencia de lo arbitrario, lo que supone el develamiento de la verdad objetiva y el aniquilamiento de la creencia que la sustenta.*

Beatriz Sznaider trabaja cuestiones vinculadas con la comunicación institucional en la Universidad de Buenos Aires. En un artículo periodístico escrito para esta ocasión, expresa que *siempre el espacio público urbano se nos presenta como esa versión que organizan los medios con sus recortes, sus jerarquizaciones, sus omisiones, sus errores, sus intereses, donde finalmente, agrega, la primera afectada es la información.* De esta manera, estos medios de comunicación e información van elaborando una agenda que sostiene una realidad deteriorada, manipulada y orientada al entretenimiento —en el mejor de los casos—, a la desinformación, al des-empoderamiento ciudadano, a la neutralización de la conflictividad (también en el mejor de los casos), naturalizando situaciones, privatizando tragedias o responsabilizando al chivo expiatorio de ocasión. ¿Es posible que, en medio de la tragedia, estemos tratando de desnaturalizar qué concepciones subyacen en estos discursos, qué entramados culturales los sustentan, qué relaciones de fuerzas se invisibilizan y qué construcciones de sentidos se intentan legitimar? A propósito, agrega Sznaider, la pregunta acerca de la posibilidad de actuar con un protocolo respetuoso sobre todo aquello vinculado a las víctimas de la emergencia y se cuestiona *¿Es una exageración esperar que estos (los medios de comunicación) intervengan de manera concreta en las tareas de manejo de la contingencia?* Y cierra su artículo expresando, *es posible que la definitiva aplicación de la Ley Federal de Servicios de Comunicación Audiovisual contribuya en esa orientación.*

Estas prácticas discursivas, en pleno ejercicio de violencia simbólica, detentan el derecho de nombrar y dotar de significados al otro y a sus prácticas. Así, los íconos de la inseguridad que estos medios venían construyendo, estas identidades que se venían cristalizando como el enemigo que ponía en riesgo los logros que nuestras sociedades habían acumulado, durante la semana del pasado dos de abril, fueron quienes tendían una mano a su vecino, compartían un mate y dormían en las plantas altas de aquellos que tanto les temían, e incluso fueron capaces de poner en riesgo sus vidas por el bienestar de unos y otros. Los discursos de criminalización de la pobreza se fueron desintegrando por el propio peso de la experiencia y de la tragedia que los ponía en un lugar común, en una misma vereda, hermanándolos en la calamidad y en la inseguridad frente a la incertidumbre del futuro.

... porque, es lo que yo digo; las cosas son cosas, digamos. Yo creo que uno lo que pierde,... pierde la sensación de sentirse que uno cree que es... no sé si es 'importante', la palabra....

En esos días de abril, fueron muchos los golpes bajos devenidos de la cobertura televisiva; vimos vecinos llorando sus pérdidas, desnudando sus casas, sus vidas, sus almas, sus

incertidumbres, en la necesidad de sentirse acompañado en su dolor, sin embargo, de esos medios no escuchamos respuestas, ni vimos que estuvieran tras ellas.

Los mitos que circularon durante el dos y el tres de abril no tuvieron eco en los medios que monopolizaban la agenda del deterioro. La gente se preguntaba: ¿qué pasó en YPF? ¿Podríamos haber muerto por una explosión? ¿Es verdad que se contaminaron las redes de agua? ¿Las compuertas de YPF realmente existen? ¿Fue la inundación la solución a una tragedia mayor? La comunidad necesitaba, y aún necesita, saber los motivos de la inundación y saber si la ciudad puede devolverle la seguridad que supo brindarle alguna vez.

Pero perdí mucho... como muchos perdimos mucho... cualquiera que tome conciencia de lo que pasó ha perdido... al menos la tranquilidad... esto ocurrió y puede volver a ocurrir...

De seguridades e inseguridades

Hasta hace poco más de un mes, el imaginario del ciudadano platense de clase media acerca de la inseguridad aparecía ligado a relatos acerca de los jóvenes violentos, los niños en situación de calle, los arrebatos a cualquier hora del día, la violencia en los boliches, las peleas en las puertas de las escuelas, los robos a los comercios, entre otros. Una serie de situaciones vinculadas a la barbarie, des-normalizadas, un estado de naturaleza que amenazaría las conquistas de la racionalidad conservadora. La inseguridad aparecía definida como la posibilidad de que una situación como las enunciadas potencialmente pudiese sucederles. Entonces, se presentaba como una experiencia privada frente a un riesgo que parecería ser exterior. Sin embargo, después del dos de abril, nos podemos preguntar si los ciudadanos platenses pueden sostener este discurso. La inseguridad les afectó a todos y no fue en la calle, no fue a través de un acto vandálico. La inseguridad, esa sensación de perderlo todo, de estar desnudo en la intemperie, la padecieron todos y no tuvo que ver con la violencia callejera, ni con el enemigo construido mediáticamente. La violencia del agua y del desamparo institucional no supo de clases, ni recursos materiales, ni simbólicos. El agua busca su nivel, sin importar los niveles del otro. Ni del chico que deambulaba por las calles y ni el de la vecina atrincherada en el *country*. La inseguridad vulneró toda la seguridad que cualquier persona puede tener, fue arrasada. No hubo rejas, ni alarmas, ni perros guardianes, ni seguridad privada, ni armas que pudieran contra la impunidad del agua y la negligencia de algunos funcionarios. Al contrario, hubo rejas que se convirtieron en trampas mortales para los que buscaron la seguridad dentro de sus cuatro paredes blindadas.

Era todo como comunidad porque las puertas no se cerraban, digamos... Como uno vive a veces que cierra la puerta... en esos días, nunca tuve el miedo que me podrían afanar. Nunca. Porque es como... ¿qué más te puede pasar? Si te afanan. ¿Qué te van a afanar? Si está todo hecho mierda. No tenés esa sensación de que todo lo puedes perder, porque ya lo perdiste.

La seguridad estaba afuera, estaba en la mano amiga, estaba en el vecino, estaba en la convicción de que la patria somos todos y que es lo único que nos salva. Y no es solamente

solidaridad y buenas intenciones. Es sentido político. Es sentido transformador, con pecheras, sin pecheras, con torsos desnudos (2) jóvenes y no tan jóvenes que le pusieron el cuerpo a la ciudadanía y se invistieron de patria.

Lo perdimos todo, fue la frase recurrente que escuchamos en esos días, quizá ese todo no era “todo”, pero nos inquietaba saber qué era eso que asumía tal magnitud. Muchos perdieron afectos, familias, vecinos, otros perdieron las casillas, las chapas, los techos, los pozos de agua, los pozos ciegos, los electrodomésticos, los muebles, otros perdieron los autos, perdieron lo que constituía su fuente laboral, perdieron la certeza de un orden cotidiano que ya no está o que se volvió mucho más frágil, perdieron sus rutinas, su alegría.

—No tenés esa sensación de que todo lo puedes perder, porque ya lo perdiste todo.

—¿Y qué es ese “todo” que perdiste?

—Yo lo que tuve fue una sensación, así, de que uno pierde la tranquilidad, que uno como que resguardaba. Esa seguridad que uno cree tiene en su casa, con sus cosas. No sé si tiene que ver con la comodidad.

Conclusiones

Ahora vendrán los tiempos de buscar responsables, de indagar sobre las causas, de reparar a las víctimas. No existe una reparación más justa que la misma justicia.

Los funcionarios deberán hacerse cargo de sus ausencias, de sus limitaciones y de la responsabilidad en la desgracia social vivida en esta ciudad. Deberán hacerse cargo de posibilitar y no obturar la construcción de una memoria popular que recupere lo acontecido el pasado dos de abril. Una memoria viva, que permita una lucha sistemática por un nunca más. Un nunca más de negligencias, un nunca más de mentiras, un nunca más de ocultamiento, un nunca más de promesas vanas. Es el momento de hacerse cargo, cada uno en lo que le concierne, de que sea un nunca más.

No hay que olvidar esta inundación, no hay que borrar las marcas que dejó esta negligencia en nuestras casas y en nuestras almas. Ni permitir que se tapen con ningún proyecto de “progreso” las huellas de la inundación que recordarán y evidenciarán el fracaso, el atraso, la desidia. Hay que pensar esta inundación como un desastre social, que requiere de un abordaje interdisciplinario y complejo. Debemos comprender que la inundación se presenta como una problemática urbana y suburbana que atraviesa todos los sectores sociales, por lo tanto, no se constituye en el problema del otro, es un problema de todos.

La Plata se mostró desnuda y vulnerable durante estos días que el agua no le dio tregua. Quizá esa exposición hizo que ahora supiéramos quiénes somos, quién es quién, cuál es el límite, pero también cuál es la potencia de nuestro pueblo. El desastre siempre va de la mano del dolor, pero también de la oportunidad. Quizá nuestro deber como académicos, pero también como comunidad, sea recuperar los aprendizajes devenidos a partir de este episodio. Reivindicar lo superador, lo que une, el proyecto común. El desastre no fue un “suceso”, es un proceso que requiere de una intervención ampliada, compleja y sistemática.

Este desastre social puso de manifiesto la vulnerabilidad del equilibrio necesario para la vida y el progreso, pero también, puso en evidencia la lucha de un pueblo por ser parte de un proyecto común, puso sobre la escena que la patria es el otro, que la patria somos vos y yo.

Notas

1. Todas las cursivas que se encuentran entrecomilladas, están vinculadas con entrevistas realizadas a vecinas inundadas de la ciudad de La Plata, a una semana de la tragedia.

2. Señalamos la cuestión de la utilización de las “pecheras”, ya que esta práctica se constituyó en una polémica construida por los medios de comunicación e información establecidos como monopolio de la palabra legitimante con el propósito de preservar el mito de la pulcritud y despolitizar la participación ciudadana, deslegitimando la militancia y neutralizando el compromiso juvenil.

Bibliografía

- BOURDIEU, P. (1988). “Espacio social y poder simbólico”, en *Cosas Dichas*, Buenos Aires, Gedisa.
- BOURDIEU, P. (2008). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal.
- BRAVI, C. (2012). “Memorias sumergidas, memorias emergentes. El caso de las inundaciones en Santa Fe”. *Aletheia*, volumen 3, número 5, Universidad Nacional del Litoral.
- GUTIÉRREZ, A. (2004). “Poder, Hábitus y representaciones: recorrido por el concepto”. *Revista Complutense de Educación* Vol. 15. Núm. 1.
- HUERGO, J. A. (2000). “Ciudad, formación de sujetos y producción de sentidos (Breve ensayo desde comunicación/educación)”. *Revista Oficios Terrestres*, N.º 7, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP).
- ISLA, A. y MIGUEZ, D. (2003). “De las violencias y sus modos”, en *Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventas*, Buenos Aires, FLACSO.
- KUSCH, R. (1962). *América profunda*. Buenos Aires, Bonum.
- MORA GONZÁLEZ, A. (2008). “El fenómeno de los desastres. Perspectiva transdisciplinar con el enfoque de los Sistemas Complejos”. *Revista Humanidades Médicas* v. 8 n. 1. Ciudad de Camaguey.
- MUIÑO, M. (2010). *Miedo, reconciliación y protagonismo a la hora de pensar lo nuestro. Una aproximación desde Kusch, Martí y De la Riega en el marco de la psicología profunda junguiana*. San Miguel.
- SAINTOUT, F. (2007). *Jóvenes e incertidumbres Percepciones de un tiempo de cambios: familia, escuela, trabajo y política*. Tesis Doctoral. Director: Dr. Pablo Forni. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Programa de Doctorado en Ciencias Sociales. Sede Académica Argentina.
- SZNAIDER, B. (2013). “La comunicación del desastre”. *Página 12*, jueves 4 de abril.